

Cuadros de una exposición

Pablo Espinosa

La mirada está perdida. Busca su mente en los confines.

¿En dónde está su mente?

Alguien pasó algún cepillo rudo y levantó, debajo de la comisura oculta de sus labios, sus burdos bigotes y dio un toque de lindo contraste al retrato.

Modesto Mussorgsky posa para el pintor y hay un exceso de óleo sobre el lienzo.

Las terminaciones rubias de su barba ocre, la melena en disturbio de huracán. La mirada perdida.

¿En dónde está su mente?

Hay un detalle que es casi un secreto en este retrato: el pintor, mirada de psicólogo, reprodujo con fidelidad terrible un detalle tierno: un rulo de su cabello cae delicadamente sobre su amplísima frente y le proporciona un aire infantil que contrasta con el aspecto fiero del conjunto fisonómico.

La nariz hinchada, roja casi descarnada, aporta el dato dramático: desde que cumplió 35 años, Modesto Mussorgsky se hizo alcohólico perdido.

A unos meses de morir, esconde tras la mirada perdida, la barba despeinada, el huracán de su melena y la fiereza de su máscara, al joven apuesto que levantaba suspiros frente a las mujeres al pasar: *charmant!, délicieux!*

El padre de Mussorgsky, un hombre rico y próspero, jamás imaginó que su hijo Modesto habría de morir en la miseria. Le impuso el camino vocacional, propio de su estirpe: durante generaciones, los varones de la familia Mussorgsky habían sido miembros de la famosa guardia Preobrazhensky, fundada por Pedro el Grande.

Así fue como ingresó a una escuela elegante de San Petersburgo, donde lo prepararon para ingresar a la Academia de Cadetes de la Guardia.

El informe de la Academia: el joven no cejaba en sus inquietudes musicales y a pesar de carecer de estudios y conocimientos de la técnica musical, se obstinaba en tocar el piano, cantar y componer música.

Graduado, ingresó como oficial al regimiento Preobrazhensky. Un año después conoció a Alexander Dargomyzhsky, Mily Balakirev, Mijail Glinka, Rimsky-Korsakov, César Cui y Alexander Borodin. Los grandes músicos nacionalistas rusos.

Tachado como analfabeto musical, Mussorgsky habría de pasar a la posteridad como el genio natural más grande que haya producido la música rusa. Sus dones innatos remplazaron la educación musical que le faltó.

Todo eso lo dice el retrato.

Su ópera *Boris Godunov* es su logro mayor. Maurice Ravel haría crecer su fama cuando orquestó la suite para piano *Cuadros de una exposición*, que escribió Mussorgsky a la hora de la muerte de su mejor amigo: el arquitecto Viktor Hartmann, cuya exposición póstuma de pinturas quedó inmortalizada de esa manera.

La obra narra musicalmente las escenas que describe cada cuadro. Utiliza una marcha a manera de transición, un *Promenade* (paseo) que conduce de un cuadro al siguiente.

El retrato de Mussorgsky que realizó el célebre pintor ruso Ilya Repin es un tratado de dramaturgia.

Modesto Mussorgsky parece enojado, furioso, león a punto de saltar sobre su presa. Con los pequeños-grandes detalles que el retratista puso sobre el lienzo, como el rulo de cabello y la delicada seda blanca de su camisa con un diseño que anuncia a Matisse, pero sobre todo por el brillo opaco de sus ojos y el peso de su mirada,

sabemos enseguida: el señor Mussorgsky está muy triste.

¿En dónde está su mente?

Promenade.

Caminamos por la galería. Visitamos el siguiente retrato:

Triste. Íngrimo. El señor Maurice Ravel tampoco mira al retratista. Basta observar el brillo opaco de su ojo izquierdo para medir el grado de su melancolía.

No fue ninguna credencial de afiliación a ningún club de melancólicos lo que llevó al señor Ravel a orquestar una obra maestra del señor Mussorgsky.

Fue la chispa del genio que lleva entre sus pavesas incendiadas el sistema de vasos comunicantes que confirma pero nunca explica los porqués ni los cómo ni los cuándo.

Lo único que sabemos es que entre las mentes geniales existen bombas de tiempo interconectadas y que estallan en el momento en el que la mirada de uno, su mente inquieta, encuentra el vuelo de la chispa brillante de la mirada invisible del otro y entonces todo se convierte en estilo e idea.

El ángulo que eligió el fotógrafo para este retrato otorga al volumen de su nariz dimensiones colosales. No le importa eso a Ravel. Está seguro de sí mismo. Seguro de su vida en soledad elegida. Cierta de sus convicciones. Dueño de su fama y de un sentido del humor a toda prueba. Aprendió de Erik Satie a dar belleza al mundo y al mismo tiempo humor, bondad, ideas, rebeldía.

Pero algo mira el señor Ravel que no sabemos. Cierta, su mirada es melancólica. No necesitamos ver su ojo derecho para sopesar los alcances de su divagación.

Es un hecho: el señor Ravel está muy triste.

¿En dónde está su mente?

Promenade.

Caminamos hacia el siguiente retrato:

Uy, este señor tampoco quiere mirar a la cámara, que captó el instante siguiente, cuando declina, de su mirada. A manera de constelación, tres enormes verrugas acentúan la rudeza de sus gestos. En realidad es una rugosa suavidad: la estereotórea flacidez de la tristeza.

Es evidente: el señor Franz Liszt está muy triste. Su melena, que tantas prendas femeninas interiores hizo volar sobre ella cuando ofreció sus recitales de piano tan orgiásticos, tan desmayadas ellas, tan dotado de lujuria su dulce encanto, ahora es una suerte de escoba fina. Cana.

Viste un traje de cura. La cuellera blanca enluta aun más su traje a la medida del eco del furor sexual que había encarnado a lo largo de su vida.

El abate posa frente a la cámara como escenificando una ceremonia de expiación.

Nada nuevo en realidad en su existencia. Toda ella se significa por una elevada espiritualidad equilibrada por una profunda carnalidad. Carne de cañón de biógrafos hambrientos. Uno de ellos contó 26 amantes simultáneas en un momento de su vida, por igual muchachas campesinas que damas de la nobleza, como madame L'Agoult, una mujer poseedora: de belleza, inteligencia, marido e hijos y que se fugó con Liszt, abandonó a su familia y en Génova formó otra con el músico. Tres hijos. Uno de los descendientes, Cósima, habría de tejer el sistema de vasos comu-

nicantes que sostiene la línea de tiempo de la historia de la música.

Pero no nos adelantemos. Estamos frente al retrato de un abate arrepentido que busca con su mirada la chispa divina que lo conecte con otros de sus iguales, para que a partir de la melancolía, ese motor, nazcan nuevas obras de arte.

Ay, señor Liszt, ya no esté usted tan triste.

Promenade.

Caminamos hacia el siguiente retrato.

Helo ahí. Proscrito. Sobre él recaen los más pesados cargos. Quizá por eso su mirada se fuga y, dueño de los enigmas, su férrea mano derecha cierra la mitad de sus falanges menos una, la del dedo índice, que señala hacia abajo, a la manera de un bodhisattva.

Hay quienes quieren ver una paráfrasis de la suástica en mudra tal. La historia también se escribe con la fantasía de anónimos. La mano que mece la cuna del imaginario colectivo.

La comisura de sus labios tiene una inclinación inequívoca, igual a la de la curvatura descendente de su gran nariz, los abismos que bajan de sus pómulos, el río peloso a manera de patillas que se convierten en barba que crece solamente en el cuello, que es la impresión que quiere dar el maestro de los efectismos teatrales, cuando se rasura de manera escrupulosa a diario.

¿Ya notaron? A pesar de que el retrato es blanco y negro, se nota a leguas la irritación en los globos oculares. El conjunto también resulta obvio: el señor Richard

Wagner está profundamente triste. Triste de toda tristeza.

Se dice grande, grandioso, genial. Ha escrito más textos teóricos que música, la suficiente para pasar a la posteridad como uno de los grandes inventores de maneras de hacer estallar las emociones, las ideas, la condición humana en escena y eso forma un tejido monumental para las interconexiones futuras, casi todas inimaginadas, en el devenir de la evolución del arte de la música.

Algo le preocupa, empero. Su esposa, Cósima, hija de Franz Liszt, busca consolarlo pero nada sirve: el señor todopoderoso Richard Wagner está muy triste.

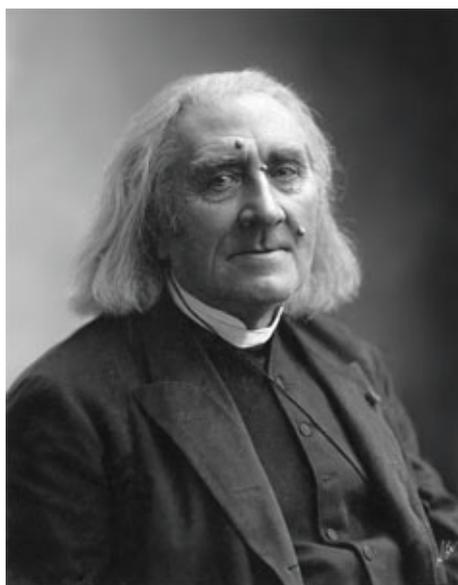
Promenade.

Ahora los pasos nos conducen a un cuadro cuya impresión inmediata nos hace sospechar del museógrafo de esta exposición: ¿qué?, ¿se propuso reunir una galería de puros tristes?, ¿cuál es el propósito?: ¿decirnos, de manera tan barata, una obviedad, que la melancolía es también motor del arte?

Un ujier nos indica que no es así. Que el señor Viktor Hartmann pintó estos cuadros antes de morir y su entrañable amigo, el señor Mussorgsky, los puso en música. No hubo idea predeterminada. Eso es un hecho.

Lo demás es producto del azar. Aunque retornó sobre sus pasos el ujier para advertir: recuerde usted que las casualidades no existen, solamente existen las causalidades.

La cuestión es que estamos frente al emblema por antonomasia del delirio ro-



Franz Liszt



Modesto Mussorgsky



George Friedrich Händel

mántico, al artífice de la puesta en sonidos del *Sturm und Drang*, al poeta despiadado que escribe un testamento donde no hay sustantivos ni adjetivos ni vocales ni consonantes. Solamente hay gritos. Muy desesperados.

Y si, en efecto, no hay remedio: también este ser humano retratado en óleo está muy pero muy, profundamente triste.

¡Esto ya es demasiado!, externa una dama que ha visto con detenimiento cada uno de los cuadros anteriores pero al llegar al retrato de Ludwig van Beethoven su indignación la mueve al llanto.

¿Es decir —protesta en medio de su llanto la señora— que si pusieran cualquier otro retrato de un músico, va a resultar que está muy triste?

Quizá más adelante nos encontremos un retrato de Mozart, intenta consolarla su acompañante.

Fue como pronunciar una palabra mágica: ¡Mozart, claro, he ahí todas las respuestas en una sola palabra, mágica: Mozart!

Y las dos amigas se ponen a armar un jueguito de los que aprendieron en las primeras películas de Woody Allen:

- a) Todos los músicos son tristes
- b) Beethoven es un músico
- c) Por lo tanto, Beethoven está triste

Ya en serio, replica una de ellas: Mozart sería un buen ejemplo de músico no triste. Su música es la alegría. Sus carcajadas suenan en sus obras. Su música es profundamente humana, tanto, pero tanto que incluye todas las emociones, incluida la tristeza, por supuesto.

¿Por qué no pusieron en esta galería un retrato de Mozart?

Porque resultaría muy obvio —reaparece de pronto, como salido de una novela de Kafka, el ujier—, además de que no hay retratos de Mozart. Los expertos creen haber encontrado recientemente uno que sí corresponde a la realidad, pero el consenso apunta a que todos los retratos que se presentan como los de Mozart no son tales. Son producto de la imaginación de vaya usted a saber quién o cómo.

—Esos retratos falsos de Mozart nacieron del útero del imaginario colectivo —vuelve a hacer de las suyas el ujier.

Promenade.

Nuestros pasos nos conducen ahora a ... ¡por fin, una persona que sonrío!

—No es sonrisa —azuza el ujier desde su escondite.

—¡Claro que está sonriendo! —replica la dama, otra vez indignada—, ¡se ríe de sí mismo porque se está imaginando tan impostado en su retrato, tan fingido y además se siente ridículo con esa peluca blanca, como de borreguito pachón y está a punto de soltar la carcajada, como que le quiere ganar la risa!

El señor Jorge Federico Haendel, experto en derrotas y ascensos-ave-Fénix, es un sobreviviente, un ganador, alguien que se adelantó al descubrimiento de Darwin: no sobrevive el más fuerte, sino el que se adapta. De manera que por su sonrisa, su ejemplo, su férrea voluntad, su actitud tan positiva, debería conocerse como El Señor Estoico porque, en realidad, está muy triste.

Las carcajadas de las damas frente al discurso del ujier retumban en la sala de exposiciones.

Ya, fue suficiente, vámonos a tomar un café y a la sala de conciertos. Allí todo es verdadero: los retratos de los músicos son autorretratos y en ellos vierten lo mejor de sí, nunca su tristeza.

La música, coinciden ellas, las damas que abandonan la sala de exposiciones para dirigirse a la sala de conciertos, es la única de las artes que está a salvo de las subjetividades.

Por más que digan que la *Sinfonía Patética* de Tchaikovsky es triste —esgrimen— es asunto de cada quien creer a pie juntillas lo que dice el título y dejar de escuchar los momentos de luminosidad que hay en esa obra, como hay los claroscuros que completan la naturaleza humana.

La música es la más humana de las artes, afirman convencidas. Y cada humano —rematan— es libre de elegir: ser libre y escuchar música sin detenerse en afirmaciones categóricas, arbitrarias, o bien ponerse triste porque les dijeron que en el programa hay una obra que es muy pero muy triste porque el compositor estaba triste al momento de escribirla.

¡Pamplinas! Gritan unísonas y pronuncian un equivalente del ¡Hi Yo, Silver! del Llanero Solitario o de lo que le dijo una silla a otra silla:

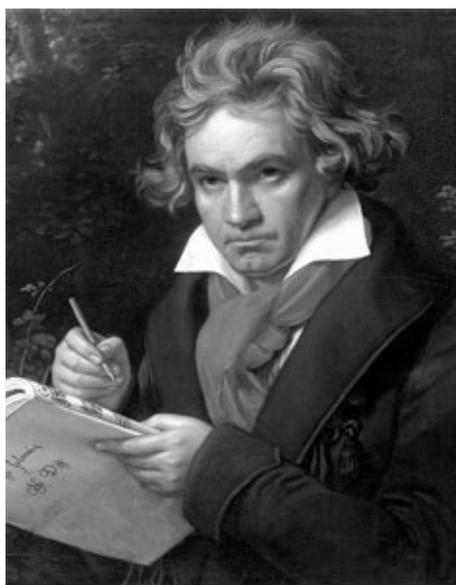
—Silla vámonos...

Y cantaron alegremente:

Promenade! **U**



Richard Wagner



Ludwig van Beethoven



Maurice Ravel